

lar su emoción y con un acento que quería parecer burlón y ligero, pero que tenía mucho de solemne, contestó al joven sonriendo de una manera forzada:

—Hasta ahora lo conoce usted, Mauricio?

—¡Perdon, María!—contestó con fuego el pintor—no hay cosa mas bella ni magnífica que la luz, el día, el aire que respiramos, y acostumbrados á encontrar tanta belleza ante nosotros desde que nacimos, gozamos de ella sin admirarla, como de una cosa comun y sencilla. Viéndote todos los días, teniéndote cerca de mí, pudiendo contemplarte á mi sabor, me habia acostumbrado á tu hermosura, y como la de la naturaleza, no me impresionaba cual debiera. Sin embargo, cuánto mas bella debes ser que todo lo que hay de bello en el mundo, cuando al fin mi corazón proclama con voz poderosa tu belleza, y de la admiración muda en que se habia concentrado pasa al entusiasmo que se revela con formas exteriores, y deja libre curso á su adoración, á su idolatría por tí!.....

—Usted se chancea, Mauricio—dijo la pobre niña trémula y con el rostro encendido de rubor.

—¿Chancearme, María! ¿No has comprendido ya que te amo?

María se habia levantado de su asiento, rápida como una exhalación, y puso su mano blanca y delicada en los labios del pintor como para impedirle que pronunciara esas palabras; la última sílaba se confundió con el ruido del beso que imprimió el pintor en aquella mano de tez de terciopelo que el trabajo y la miseria no se habian atrevido á macerar.

XLVI.

Algo mas sobre el caracter de Mauricio.

Pocos meses despues del día en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, Mauricio era esposo de María.

En vano don Márcos le habia hecho presente cuán difícil era la vida para un artista sin fortuna, cuyo genio, mas que como un recurso, le serviría de estorbo para atender á sus necesidades; en vano le manifestó los graves inconvenientes que para su felicidad conyugal opondría la falta de educación y el carácter irascible de María, obra de la desgracia y de la miseria, pero obra terrible y profunda que duraría lo que la vida de la niña; el artista, que bajo una apariencia de timidez encerraba un carácter firme, dió las gracias á su protector por los buenos consejos que le daba y por las bondades de que le habia hecho objeto, le ofreció corresponder alguna vez esos favores

y le hizo aceptar como recuerdo algunos de sus mejores cuadros.

El buen don Márcos sintió en el alma la resolución que había tomado Mauricio; pero vista su obstinación, llevó sus bondades hasta servirle de padrino de boda, correr con todos los gastos y asignarle una pequeña pensión para aliviarle algo la pesada carga que se iba á echar á cuestas.

Mauricio y su esposa fueron á habitar á una modesta vivienda de casa de vecindad, y el mal carácter de María no tardó en amargar los días de nuestro artista. La luna de miel duró poco en su matrimonio y siempre en conjunción; su mujer le atormentaba con celos impertinentes, y hasta por la única criada que tenían, vieja y asquerosa Maritornes, de esas que por doce reales cada mes y medio y cuartilla diario se ajustan en las casas de los pobres para servir de todo, había profundos disgustos en el reciente matrimonio.

La miseria, que desde los primeros días asomó su horrible cabeza en la casa conyugal, no contribuía poco á hacer un infierno de la existencia hasta entonces si nó feliz al ménos tranquila de Mauricio, y la desesperación y la tristeza se apoderaban de su alma.

Sus magníficos cuadros no hallaban apreciadores; la pensión que su protector le había asignado apenas le bastaba para atender de una manera muy modesta á sus más urgentes necesidades, y su pobreza había llegado á un grado tan extraordinario, que el pobre pintor tenía que recurrir á expedientes heroicos para habilitar á su mujer y habilitarse él de los objetos de vestuario más indispensables.

Uno de esos expedientes merece especial mención:

Nuestros lectores habrán tenido sin duda ocasión de notar que en las casas de vecindad, especialmente en las que hay muchos vecinos, se celebran con una regularidad asombrosa cuantas fies-

tas populares hacen las delicias de una parte muy grande de la sociedad mexicana. Las posadas, las rifas y los bailes de compadres, los altares de Dolores no faltan á su tiempo en las expresadas casas, y aunque regularmente los que las habitan apenas pueden sostenerse ménos que modestamente, se resignan con su suerte, y de sus mezquinos haberes hacen ahorros más mezquinos aún, ó envían á la sucursal del montepío algún objeto para que la fiesta no deje de tener lugar, y abrir así un paréntesis de placer entre las angustias y tribulaciones por las cuales atraviesan el camino que hay de la cuna al sepulcro.

Era la época de las posadas, y las *noches* fueron repartidas entre todo el vecindario; los gastos de *peregrinos* y de objetos para el *nacimiento* debían hacerse entre todos; pero la cantidad colectada apenas bastaba *para empezar*. Un distinguido economista que habitaba en la casa y de quien la Providencia se sirvió como de un instrumento para cubrir en algo la desnudez del pobre Mauricio, reunió en junta á los vecinos y les dijo que puesto que la cantidad que tenían era muy corta para poner un nacimiento cual correspondía á la dignidad de la colonia, era de opinión que el pintor, habilitado de lienzos y colores por *la vecindad*, pintara pastores, árboles y peregrinos que se recortarian y á los que se les pondría un armazón de palo por detrás, y que en remuneración de este trabajo, el maestro Lúcas, oficial zapatero que habitaba una de las accesorias, entregaría á Mauricio un par de zapatos para sí y otro para su esposa, que le serían pagados á cómodo precio con los fondos destinados para el nacimiento.

Todos los individuos que componían la junta aceptaron la idea del sabio economista, y Mauricio, cediendo á su miseria, empleó su genio y su tiempo en pintar unos cuantos muñecos á cambio de calzado para él y para su esposa!.....

Así los disgustos conyugales y la miseria iban efectuando

en el alma de nuestro héroe una revolución completa; su carácter se agriaba, su amor al arte se desvanecía poco á poco, y una idea muy triste del mundo y de los hombres se apoderaba insensiblemente de su alma, preparándola á odiar á la humanidad.

El pobre Mauricio parecía condenado por el destino á no disfrutar largo tiempo de las alegrías y de las comodidades que hacen soportable la existencia: ya hemos visto cuan temprano fué arrebatado al cariño maternal; cuando en el señor Gonzaga, su abuelo, había encontrado un seguro apoyo, el pobre viejo sucumbió bajo el peso de una desgracia inaudita; adora á una mujer, y la primera vez que la oye hablar, sus palabras le van á destrozár el corazón; sabe que otra mujer le ama, cree calmar, amándola, esa sed de cariño y de expansión en que arde su propia alma, y donde soñó encontrar un ángel que dulcificara su existencia, encuentra un demonio que la amarga, un tirano que la atormenta, en vez de otra alma que la acaricie y la contemple y le dé la felicidad. Juguete de la suerte desde el momento de su concepción, todo le impresionaba vivamente y aun lo que de cerca no le tocaba le producía un efecto extraordinario.

Un hecho de esos que á fuerza de ser tan repetidos pasan desapercibidos completamente en nuestra sociedad, y que tuvo lugar en la casa donde habitaba nuestro héroe no contribuyó poco al cambio de carácter que parecía se empeñaban en obrar en él las circunstancias:

El maestro Lucas era un pobre artesano, cargado de familia, á la que apenas podía mantener miserablemente con su asiduo trabajo. La miseria le había hecho dejar de pagar algunos meses de renta al rico propietario, que contaba entre cien casas, á cual más productivas, aquella de que formaban parte la habitación de Mauricio y el taller del zapatero.

Se contaban algunos rasgos generosos del propietario; pero ó la voz pública le calumniaba haciéndole pasar por filántropo y caritativo, ó la mala estrella del maestro Lucas debía ser de las peores, porque los agentes de la justicia se presentaron un día en el miserable taller, arrojaron de él al pobre zapatero y á su familia, y le embargaron sus pocos muebles, que encerraron en una bodega donde con el tiempo se apolillaron y pudrieron, sin que el propietario sacase otra ventaja del embargo que poder alquilar á otra gente su accesorio, y perjudicar enormemente al infeliz artesano, privándole de sus efectos, para él indispensables, inútiles y aun estorbosos para el hombre opulento que por mano de uno de esos agentes de la justicia que no en vano llevan el mismo título que el verdugo, se había apoderado de ellos.

Mauricio lloró de rabia al saber la desgracia del maestro Lucas, y le ofreció generosamente su habitación mientras encontraba donde albergarse. María se opuso, y verdadera cruz del pintor, afeó su rasgo de conmiseración por el pobre artesano, atribuyéndole á miras interesadas de su esposo con respecto á la mujer del zapatero.

Mauricio no pudo cumplir sus generosos deseos.

Había llegado á acostumbrarse al carácter extraño de su esposa, y para contenerse en los justos límites, y no hacer más desgraciado su matrimonio tomando muy á lo serio las excéntricas de María, había tratado de convencerse, y lográdolo, de que estaba casado con una loca furiosa.

La desgracia del maestro Lucas arrebató á Mauricio la última ilusión que en favor de la humanidad abrigaba todavía en su alma, y acabó de confirmarle en la idea que tenía de los hombres, á quienes consideraba como una especie de lobos carnívoros, nacidos para devorarse mutuamente.

—Si todos somos hermanos, se decía, no parece sino que he-

redamos todo el odio de Cain y toda su mala índole, pues apenas habrá quien conspire mas contra el bienestar de un hombre que otro hombre, y generalmente son peores los que parecerian llamados por su posicion y por los dones de que los ha colmado la fortuna á hacer el bien de sus semejantes. Este pobre, agregaba refiriéndose al zapatero, honrado y trabajador, ha perdido en un momento su fortuna que consistia en los miserables objetos que le han arrebatado como prenda de su adeudo; y el hombre á cuyo nombre se han apoderado de ellos venderá algun dia esos efectos en un baño para que por leña vieja los quemen, y tal vez mandará repartir entre los pordioseros el producto de su venta; y quedará satisfecho creyendo que ha hecho una buena accion, pensará que con haber dado una mezquina limosna á unos cuantos hombres degenerados que la gastarán alegremente en la taberna, descarga su conciencia del grave peso que ha colocado sobre ella sumiendo en la miseria á la familia de un honrado trabajador. Que le quitara la casa puesto que no la pagaba, pase; pero arrebatarle cuanto constituia su fortuna!..... Es una verdadera infamia, es un crimen que si yo fuera todopoderoso castigaria con llenar de enfermedades, de miseria y de ignominia al que le ha cometido.

—Oh! si yo tuviera esa facultad, continuaba, habia de establecer una ley de compensacion universal de manera que nadie podria cometer un crimen de lesa humanidad semejante al que este hombre rico ha cometido, sin que el castigo siguiera inmediatamente á la culpa; pero un castigo terrible, inaudito, que centuplicara en el delincuente las angustias que habia hecho pasar á su víctima.

Por fortuna para el mundo Mauricio no era mas que un pobre muchacho á quien se habia aficionado la desventura al grado de ser su inseparable compañera; que á realizarse sus sueños de omnipotencia habria destruido el universo en un cuarto

de hora, pues apenas habrá un hombre que no haya delinquido alguna vez en mayor ó menor escala contra sus hermanos, y habria que castigarlos á todos.

Su indignacion, por otra parte, contra el opulento verdugo del zapatero no podia ser mas justa.